

Rodolfo Walsh: la Hidra de la libertad de prensa

Rodolfo Walsh: The Hydra of Press Freedom

Farouk Caballero Hernández

Universidad del Norte (Barranquilla, Colombia)

johnattanc@uninorte.edu.co

Hace cuarenta años el régimen militar argentino asesinó a Rodolfo Walsh. Ellos intentaron callarlo con disparos, pero su muerte hizo que naciera un ejército dispuesto a ofrendar sus vidas desde el difícil oficio de informar. Walsh personifica a la Hidra de la libertad de prensa porque, precisamente, hace 60 años publicó su investigación periodística titulada *Operación Masacre* (1957), con la que sembró las bases para que brotaran cientos de cabezas que usan el periodismo como trinchera para denunciar los crímenes de Estado. Su labor literaria, su valor periodístico y su memoria dentro de los géneros de no ficción, son señalados en este artículo porque su legado jamás perderá vigencia.

Palabras clave: Prensa, libertad y persecución.

Forty years ago the Argentine military regime assassinated Rodolfo Walsh. They tried to silence him with shots, but his death made an army ready to offer their lives from the difficult job of informing. Walsh personifies the Hydra of freedom of the press because, precisely, 60 years ago he published his journalistic investigation titled *Operación Masacre* (1957), with which he sowed the bases so that hundreds of heads that use the journalism like trench to denounce the crimes of State. His literary work, his journalistic value and his memory within the genres of nonfiction are indicated in this article because his legacy will never lose its validity.

Keywords: Press, freedom and persecution.

Si no creemos en la libertad de expresión para la gente que despreciamos, no creemos en nada para ella.

Noam Chomsky

El transcurrir del tiempo hace que todo se reevalúe, hoy las víctimas son tildadas de victimarios, a los oprimidos se los sataniza y a los poderosos se los victimiza para que sus imágenes queden inmaculadas. Todo esto se hace por la cofradía entre los medios grandes de comunicación, el Estado y los delincuentes, pero esta práctica no es nueva, desde sus fechas de fundación los medios de comunicación desinforman a las naciones de América Latina.

De este modo, si no hay divergencia informativa y si se pretende una sola versión de los hechos, el pueblo creerá todo lo que ve en la tele como cierto y nunca cuestionará los intereses que hay detrás de quienes generan la supuesta información "transparente". Por lo anterior, es comprensible que allí donde la educación no ha logrado iluminar a las masas, los criminales sean catalogados de héroes y los héroes verdaderos sean presentados como monstruos. Todo eso sucede gracias a las barreras que impone la clase dominante para mantenerse en el poder, pues una masa que adquiera educación de alta calidad podrá, en poco tiempo, alzar su crítica, dejar de ser servil y cuestionar el control de los poderosos, lo que muy probablemente desestabilizará a los monarcas que respetan la democracia solo cuando ellos triunfan. Cuando pierden, emplean sus artimañas mágicas para hurtarle la decisión popular a los votantes: los muertos reviven para votar por ellos, el sistema digital extrañamente se cae cuando ellos necesitan sumar miles de votos en pocos minutos o los votos contrarios desaparecen sin dejar rastro.

Pero repito, esto no es nuevo, y 2017 es un año perfecto en el tiempo para recordar la lucha de un héroe, que hoy, a cuarenta años de que lo desaparecieron y pretendieran callar su voz, está más vigente que nunca y representa la Hidra de la libertad de prensa: Rodolfo Walsh. El régimen argentino "cortó" su cabeza, pero inmediatamente renacieron cientos como él, y no solo en Argentina, sino a lo largo de Latinoamérica. Los poderosos enviaron a sus Hércules de uniforme y fusil a hacer el trabajo para mantener el orden que les interesaba, pero todo les salió mal. Sí, le "cortaron" la cabeza a la Hidra, pero desataron un brote imparable de críticos y defensores de la libertad de prensa que se mantiene hasta hoy.

Los escritores y periodistas que opinan en contra de los gobiernos tiranos, quienes tienen una tolerancia cero para sus opositores, reciben balas, torturas y desapariciones como castigo por las investigaciones que ellos entregan con palabras; en las cuales, evidentemente, exponen la corrupción y los crímenes de Estado. Por eso yo celebro a estos héroes, quienes son monstruos para las élites gobernantes, pero también son dueños de un valor inmarcesible y ofrendan sus vidas para informar al pueblo acerca del accionar pútrido de sus mandatarios. Esa es la escuela de Rodolfo Walsh, quien formó a lo largo de Latinoamérica un batallón imposible de erradicar,

porque su juramento para defender la patria de sus enemigos, nacionales e internacionales, es igual al de los guerreros, solo que este ejército lucha con las armas del lenguaje. Sus disparos, son palabras. Sus estrategias de guerra, son metáforas.

Walsh era plenamente consciente del peligro que corría al criticar un régimen que amordazó a la libertad de prensa. En aquel tiempo, el pensamiento era disfrazado de libre cuando besaba los pies de los militares al poder, pero era sentenciado, censurado y silenciado, cuando señalaba la barbarie de los políticos de soles en sus hombros, como Aramburu y Videla, quienes hicieron de las desapariciones, las torturas y el fusilamiento, una política pública soterrada. Sus insignias militares fueron una imagen perfecta del horror que promovieron. Ellos brillaban como sus tres soles, pero la patria estaba oscura como el fondo que sostenía sus rangos. Walsh sabía quiénes eran sus contrincantes y el poder que tenían, por lo que afiló su pluma y escribió. El régimen intentó borrarlas con ráfagas, pero terminó marcando el tipo de periodismo comprometido que él encarnó y que debe hacerse bajo estos lineamientos: "sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles" (Walsh 213).

El nacimiento de la Hidra

Fue el 25 de marzo de 1977, un escuadrón de Hércules de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) decidió erradicar el veneno de la Hidra, que no era otro que la verdad. Los textos de Rodolfo Walsh se convirtieron en un vaho tóxico para la Junta Militar. Walsh se transformó en una Hidra que corroía con investigaciones periodísticas la estantería criminal que gobernaba en Argentina y, por eso, lo desaparecieron. Su crimen fue criticar, con pruebas irrefutables, los crímenes de Estado.

Apenas un día atrás, el 24 de marzo de 1977, Rodolfo Walsh escribió su "Carta Abierta de un Escritor a la Junta Militar". No se ahorró ningún esfuerzo por ilustrar, por escrito, el horror que sufría el pueblo argentino, por eso dejó constancia: "entre mil quinientas y tres mil personas han sido masacradas en secreto después de que ustedes prohibieron informar sobre hallazgos de cadáveres que en algunos casos han trascendido, sin embargo, por afectar a otros países, por su misma magnitud genocida o por el espanto provocado entre sus propias fuerzas" (208).

Frente al genocidio, el silencio no es opción. Las ejecuciones de la Junta Militar traspasaron los límites de la crueldad y ante eso Walsh construyó una imagen con palabras que ilustró fielmente la "magnitud genocida". Hablar de decenas, cientos o miles de muertos es pavoroso, pero la cifra no comunica de forma veraz la denuncia que se pretende. Por esto, Walsh utilizó un recurso literario para que su testimonio fuera contundente y el mundo supiera que en su Argentina: la Junta Militar alfombró con cadáveres el Río de la Plata.

El accionar exterminador fue denunciado con magistral trazo, pero las atrocidades no se ceñían únicamente al genocidio, por lo que Walsh también

informó acerca de la debacle económica que el Estado argentino promovió, cuando instauró una dinámica en la que los capitales extranjeros eran los únicos beneficiados, mientras que el pueblo recibía un trato rastrero. El escritor sostuvo:

Desnacionalizando bancos se ponen el ahorro y el crédito nacional en manos de la banca extranjera, indemnizando a la ITT y a la Siemens se premia a empresas que estafaron al Estado, devolviendo las bocas de expendio se aumentan las ganancias de la Shell y la ESSO, rebajando los aranceles aduaneros se crean empleos en Hong Kong o Singapur y desocupación en la Argentina. Frente al conjunto de esos hechos cabe preguntarse quiénes son los apátridas de los comunicados oficiales, dónde están los mercenarios al servicio de intereses foráneos, cuál es la ideología que amenaza al ser nacional (212).

Para Walsh, la libertad de expresión no debe negociarse y menos cuando las altas esferas pudren a la nación. Aunque su asesinato se dio después de un año del golpe militar argentino de 1976, el escritor venía desafiando al régimen desde 1957, cuando logró amplificar las voces de siete fusilados que pudieron testimoniar la barbarie que sufrieron a manos de la fuerza policial. En la pequeña revista *Mayoría*, las voces de estos silenciados tomaron mayor fuerza. Walsh no le dio voz a nadie, como algunos críticos y escritores lo afirman al referirse a trabajos investigativos respecto de sujetos que claramente hablan antes de que el periodista publique sus historias en los géneros que demanda el oficio: crónicas, entrevistas, reportajes u opiniones. Ni periodistas, ni antropólogos, ni sociólogos, ni escritores tienen la facultad divina de “dar voz” a nadie. Lo que hacen es fungir de megáfonos para que las historias silenciadas adquieran mayor resonancia desde los medios informativos.

De esta manera, el trabajo pionero de Rodolfo Walsh, *Operación Masacre* (1957) –que en 2017 cumple sesenta años de su aparición–, se publica en un medio pequeño e inicia la gestación de la Hidra, al demostrar que cuando el trabajo periodístico se hace con rigor investigativo, es posible derrocar al monopolio mediático de la desinformación. *Operación Masacre* es, sepámoslo o no, la piedra angular de la libertad de prensa del siglo XX en América Latina. Muchos esfuerzos y sacrificios humanos se hicieron antes y muchísimos otros después, pero el contexto del régimen militar, junto al proceso de pregonar las voces acalladas y la denuncia contra el poder, consolidan el nacimiento del monstruo que los poderosos temen: la Hidra de la libertad de prensa.

En 1955, en Argentina, cayó el peronismo ante un frente cívico-militar. De forma vertiginosa las libertades se amordazaron y el poder instauró una política en la que solo se podía pensar, hablar y actuar si se estaba de acuerdo con la ideología militar. Las respuestas no se hicieron esperar. El pueblo no soportó la mordaza y se organizó para pensar libremente y oponerse, dentro de la legalidad, al régimen. Las fuerzas militares daban constante seguimiento a los opositores y así decidieron allanar una casa para secuestrar a todos sus

ocupantes y luego asesinarlos por encontrarlos culpables del delito "atroz" del librepensamiento, que siempre se cataloga como rebelión. Además, la lógica fue universal, la casa pertenecía a un opositor férreo del régimen; entonces, todos los presentes, así nunca hubiesen pronunciado una palabra a favor o en contra de la situación política, también merecían morir.

El Estado se había convertido en una inmensa cloaca que la Hidra de la libertad de prensa debía purificar con su vaho informativo. Pero el trabajo no era sencillo, alumbrar la podredumbre no permitía lugar para equivocaciones, porque el enemigo era el todopoderoso frente cívico-militar. Walsh sintió que la violencia no le dio tregua y que su deber de informar trascendía, incluso, su propia vida. Leyó, entrevistó, investigó, contrastó y se sentó a escribir la historia: "Entonces puedo sentarme, porque ya he hablado con sobrevivientes, viudas, huérfanos, conspiradores, asilados, prófugos, delatores presuntos, héroes anónimos" (17).

Sucede que, en América Latina, el insalvable lugar común de que la realidad supera a la ficción se hace presente con mucha frecuencia. Walsh lo advirtió y se entregó en cuerpo y alma a escribir una historia donde los fusilados, que en la lógica del plomo debían estar muertos, resucitan para contarle al escritor-periodista un relato desgarrador: en *Operación Masacre* los fusilados hablan¹. Pero arrebatarle a la muerte y al olvido las memorias silenciadas y hacerlas públicas no es suficiente, debe hacerse sin margen de error, porque el enemigo señalado salvará su responsabilidad a la menor equivocación del periodista. Es justamente esta realidad, la que Ana Amaría Amar Sánchez observó como caldo de cultivo formal de la prosa de Walsh, por eso en su estudio remarcó que este tipo de relato surge "allí donde se cruza una necesidad de fractura y renovación literarias con circunstancias históricas en las que los acontecimientos (revoluciones, luchas, crímenes políticos) no precisan de lo imaginario para constituirse en relatos, como si pertenecieran a una realidad de por sí suficientemente 'literaria'" (Amar 29).

De este modo, Walsh hace del rigor investigativo su método, mientras les enseña a las futuras generaciones las formas de expresar libremente sus opiniones contra los regímenes totalitarios que pretendan encubrir los crímenes que cometen. La metodología del periodista tiene un objetivo principal: demostrar que hubo asesinato. Para eso, no es suficiente con escribirlo, sino que se deben reconstruir los hechos con veracidad, para que su historia adquiera validez. Walsh, cual sabueso, consigue el minuto exacto en el que se decretó la ley marcial y como el crimen es anterior a la divulgación del decreto, pues el calificativo de asesinato es insalvable por parte de los acusados que, en este caso, son del mismo gobierno.

¹ Después de *Operación Masacre* muchos otros fusilados a lo largo y ancho del continente han vuelto de la muerte para contar sus historias a través del periodismo. Por mencionar uno, recuerdo el texto "Los fusilados fuimos cinco", escrito por el colombiano Juan José Hoyos. Allí, la voz de Esmar Agudelo puede oírse gracias al trabajo de pregón que hace el periodista, quien, como Walsh, encuentra una historia, la investiga y la narra, para que los lectores sepamos que Esmar Agudelo recibió un machetazo en la nuca, otro en la boca y dos en los hombros. Lo dieron por muerto, pero sobrevivió, aun con su cabeza amenazando con desprenderse.

Siguiendo las prácticas periodísticas de Walsh es insoslayable reconocer que todo comunicador que piense publicar una historia sobre el accionar criminal de algún poderoso debe atar todos los cabos. Debe armar una acusación, con las armas del periodismo, previendo todas las defensas posibles y construyendo sus argumentos con transparencia. Hoy las nuevas tecnologías le permiten al periodista adjuntar fragmentos de declaraciones, mensajes, grabaciones, fotografías y demás pruebas que solidifican cada denuncia, pero Walsh, medio siglo atrás, ya lo hacía:

Aquí quiero pedir al lector que descrea de lo que yo he narrado, que desconfíe del sonido de las palabras, de los posibles trucos verbales a que acude cualquier periodista cuando quiere probar algo, y que crea solamente en aquello que, coincidiendo conmigo, dijo Fernández Suárez². Empiece por dudar de la existencia misma de esos hombres a los que, según mi versión, detuvo el jefe de policía en Florida, la noche del 9 de junio de 1956. Y escuche a Fernández Suárez ante la junta consultiva el 18 de diciembre de 1956, según la versión taquigráfica:

“CON RESPECTO A ESTE SEÑOR LIVRAGA³, QUIERO HACER PRESENTE QUE EN LA NOCHE DEL 9 DE JUNIO RECIBÍ LA ORDEN DE ALLANAR PERSONALMENTE UNA CASA... EN ESA FINCA ENCONTRÉ A CATORCE PERSONAS... ENTRE ELLAS ESTABA ESTE SEÑOR”⁴ (147).

Transcribir la versión taquigráfica entregada por el mismo oficial señalado es un recurso periodístico que le permite a Walsh ejercer su libertad de prensa, pero siempre con argumentos y pruebas sólidas. Lo que se aleja radicalmente de la mala interpretación que se tiene de la libertad de prensa, pues en ocasiones se emplea para elaborar calumnias o difamaciones, ante esto hay que ser enfáticos, porque la libertad de prensa es un derecho que no se debe utilizar jamás para violentar otros derechos. La libertad de prensa redacta denuncias con datos puros y pruebas, no con apasionamientos políticos sin fundamento. Eso lo sabía con exactitud Rodolfo Walsh, quien construyó un relato que denuncia desde la dinámica de un aparato judicial probatorio:

Y cuando sostengo que el Jefe de Policía detuvo a aquellos hombres una hora y media antes, y técnicamente un día antes, es decir a las 23 del 9 de junio, no acepte el lector mi palabra, pero acepte la del Jefe de Policía ante la Junta Consultiva:

“A LAS 23 HORAS ALLANE EN PERSONA ESA FINCA...”.

² Teniente coronel y Jefe de Policía de la Provincia de Buenos Aires durante los fusilamientos.

³ Uno de los fusilados que sobrevive y habla.

⁴ Se respeta la versión original del libro donde los acentos no se empleaban en las mayúsculas.

Y cuando digo que esos hombres no intervinieron en el motín del 9 de junio de 1956, extreme el lector sus dudas. Pero dé crédito a Fernández Suárez cuando declara:

"...ESA GENTE... ESTABA POR PARTICIPAR EN ESTOS ACTOS...".

Estaba. Es decir, "no había participado" (147).

Ahora bien, dentro de la construcción de esta Hidra que pretende defender los derechos de los ciudadanos mientras ataca la siniestra corrupción, es crucial acotar que todo texto es interesado, la objetividad no existe en el periodismo. Ligado a esto, se hace crucial retomar la perspectiva analítica de Ana María Amar Sánchez, quien precisa que "los relatos de Walsh declaran continuamente los medios empleados, el proceso de trabajo que los diferencia de las notas periodísticas de donde surgieron y dejan documentada la "mirada" del periodista y narrador sobre los acontecimientos" (Walsh 86). Este recurso escritural marca una radical diferencia, pues expone de forma franca que hay una composición del relato, lo que no afecta su efecto de veracidad. Así, se puede decir que Walsh fue un opositor ferviente de los gobiernos militares argentinos, pero no por eso se puede satanizar su denuncia. Su labor periodística no está alejada de su interés político, pero las pruebas que presenta no pueden descalificarse por su militancia. Un asesinato es un asesinato, así quien lo debe sea un enemigo político, público y declarado del asesino.

Una de las formas clásicas de desacreditar la investigación periodística es señalar la militancia política del autor y presentarlo como un conspirador en contra del establecimiento. Lamentablemente, los grandes medios de comunicación amplifican la cizaña que emiten los gobiernos para satanizar a sus opositores; no obstante, las mafias desinformadoras poco pueden hacer cuando el trabajo realizado es íntegro, así sea subjetivo. Sumado a esto, un guerrero del periodismo, Gabriel García Márquez, invitó a todos los combatientes de la palabra escrita a blindar su oficio desde la investigación y la ética. El escritor colombiano fue enfático al afirmar que "la investigación no es una especialidad del oficio sino que todo el periodismo debe ser investigativo por definición, y [...] la ética no es una condición ocasional, sino que debe acompañar siempre al periodismo como el zumbido al moscardón" (García Márquez 10).

De esta forma se consolida la Hidra de la libertad de prensa, pues si su "vaho" informativo se teje desde la investigación, la ética y la transparencia, la historia quedará blindada y así llegará a la esfera pública. Walsh era consciente de que su voz sería satanizada, por eso apeló a pruebas irrefutables, como citar el artículo 18 de la Constitución Nacional que regía en Argentina en 1956, donde explícitamente se abolía la pena de muerte por motivos políticos, por lo que pudo concluir su argumento al señalar que "Se trata en suma de un vasto asesinato, arbitrario e ilegal, cuyos responsables máximos son los firmantes de los decretos que pretendieron convalidarlos: generales Aramburu y Ossorio Arana, almirantes Rojas y Hartung, brigadier Krause" (Walsh 194).

Lo que los militares argentinos intentaron calificar como un simple "error", fue expuesto por Walsh como un crimen organizado desde el interior de un sistema político-militar, donde los campos de concentración y los secuestros eran ocultados y maquillados por el poder que ejercían, y ejercen, los medios de comunicación arrodillados al Estado. Y esto es, precisamente, otra particularidad de la prosa de Walsh, pues "los textos como *Operación Masacre* introducen en el sistema del género policial una modificación esencial: el Estado es quien comete el delito o es cómplice de él" (Amar 146).

Walsh estaba plenamente seguro de los nexos entre justicia, medios y gobernantes, por lo que intuyó, con razón, que la impunidad dictaría la última palabra. Pese a esto, la libertad de prensa no solo persigue la justicia penal, hace muchas décadas la justicia es administrada por los mismos acusados, por lo que quien pretenda una condena penal, después de escribir una historia periodística en contra del Estado, es completamente iluso, pero Walsh no lo era. Él no se equivocó al pronosticar que judicialmente no ganaría su lucha, por lo que el triunfo de la Hidra de la libertad de prensa fue una condena histórica a la criminalidad argentina del régimen, que pasó a la historia como una mafia donde la podredumbre era compartida por militares, justicia y Estado:

Se trataba de presentar a la Revolución Libertadora, y sus herederos hasta hoy, el caso límite de una atrocidad injustificada, y preguntarles si la reconocían como suya, o si expresamente la desautorizaban. La desautorización no podía revestir otras formas que el castigo de los culpables y la reparación moral y material de las víctimas. Tres ediciones de este libro, alrededor de cuarenta artículos publicados, un proyecto presentado en el Congreso e innumerables alternativas menores han servido durante doce años para plantear esa pregunta a cinco gobiernos sucesivos. La respuesta fue siempre el silencio. La clase que esos gobiernos representan se solidariza con aquel asesinato, lo acepta como hechura suya y no lo castiga simplemente porque no está dispuesta a castigarse a sí misma (Walsh 192-193).

Ligado a lo anterior, *Operación Masacre* merece que también se le haga justicia con el valor que representa dentro del universo del periodismo literario. En primer lugar, todo periodista que desee conocer un manual para adelantar una investigación tiene una cátedra escrita en *Operación Masacre*. En sus líneas está el cómo debe investigarse, el cómo debe escribirse y las normas que se deben seguir para trabajar dentro de los límites de la libertad de expresión. De igual forma, la narrativa de Walsh se distingue porque vence la urgencia de la noticia y se decanta por escribir una historia de largo aliento, con diversas entregas, y con un estilo que toma prestado de la prosa literaria de cuentos y novelas, pero que tiene relación fiel con los hechos que denuncia.

Lo anterior es una característica principal de lo que se promocionó en Estados Unidos como *New Journalism* y que tuvo en *A sangre fría* (1966)

de Truman Capote a su referente fundacional. Claramente la voz inglesa *New Journalism* no concatenaba con el trabajo de Rodolfo Walsh, quien una década atrás había publicado, en español, su *Operación Masacre*, con un valor que brilla por ausencia en la pluma de Capote: el compromiso político. El *New Journalism* se destaca por la agilidad de su prosa, por los recursos narrativos y por el placer que produce en el lector. Todo eso lo tiene la prosa de Walsh, quien suma un atenuante significativo: construye una trama de denuncia sin perder el valor estético literario.

Aunque, a decir verdad, Walsh no hace *New Journalism* en el sentido estricto de la palabra, porque ese tipo de periodismo anglosajón se ufana de implementar los recursos literarios narrativos en historias que no requieren el paso por la ficción, pero no se compromete. Es decir, no hay una denuncia contra el poder, como sí lo hizo Walsh. Rodolfo Walsh es fundacional para el periodismo narrativo escrito en español que, sin renunciar a una estética literaria que genera gozo en el lector, es capaz de enfrentar a los poderosos y desenmascararlos.

A la par, su poética es fundacional dentro del campo literario latinoamericano. La proliferación de escritores de las décadas del sesenta y setenta marcan una tradición narrativa en la que se ubica la pluma de Walsh. El estudio crítico de Claudia Gilman, justamente ubica estas dos décadas como la base para la consolidación del campo literario latinoamericano (Gilman 93), y si precisamos la temporalidad, vemos que en 1957 *Operación Masacre* hizo un aporte significativo a este proceso de consolidación a lo que hoy vemos como las tradiciones narrativas del continente, pero que en ese tiempo fueron experimentaciones formales revolucionarias en sus temas, prosas, narradores e historias. Será justamente diez años después, 1967, cuando este proceso termina solidificado para siempre con la publicación de la emblemática *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez y la obtención del Premio Rómulo Gallegos por *La casa verde* de Mario Vargas Llosa. Así, jamás será un exabrupto afirmar que la obra de Walsh aportó tanto al periodismo narrativo como a la novela latinoamericana.

Hércules de izquierda y otras cabezas cortadas

Al usar la figura de Rodolfo Walsh como columna vertebral de este texto, pareciera que el ataque a las cabezas que investigan, escriben y denuncian desde la libertad de prensa, solo es perpetrado por los gobiernos de derecha, pero también hay Hércules de izquierda que atacan a la Hidra que los señala desde el bando opositor. Walsh fue un militante de la izquierda y animador de la Revolución cubana, donde trabajó cerca a Gabriel García Márquez y bajo las órdenes de Fidel Castro. Él, como sostiene Claudia Gilman, fue parte de los escritores "revolucionarios" que animaban su lucha partidista desde la palabra, pero que además apuntalaron la renovación de las formas canónicas de los escritores "consagrados" dentro de ese campo literario en plena efervescencia y modificación (31).

De hecho, de su trabajo en La Habana merece la pena reseñar que, al vincularse con la inteligencia revolucionaria, logró descifrar un mensaje encriptado de la CIA, en donde se planeaba, vía Guatemala, la emblemática

invasión de Bahía Cochinos (Playa Girón) en 1961. Esta valiosa información permitió que las fuerzas revolucionarias se anticiparan al enemigo y lograran una victoria con armas, que inició por el rigor investigativo de Rodolfo Walsh.

En este caso, el periodista estuvo al servicio del poder que aún hoy gobierna en Cuba. Allí, Fidel Castro fue enfático al señalar su famosa frase: "dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada" (Castro 363). Si bien en la época del triunfo de la Revolución el radicalismo debía ser más exacerbado para motivar a las masas, un periodista siempre debe atender con mayor cautela las palabras, pues más allá de que son su instrumento para subsistir, muchas veces contienen mensajes intrínsecos que anticipan las posturas de los poderosos. Fidel, además de motivar su lucha para ganar adeptos, también estaba lanzando un ultimátum para todo aquel que se atreviera a criticar la Revolución.

En su discurso, Castro blindaba los crímenes y abusos que pudieran cometerse. Con el pasar de los años, se hizo ley: todo aquel que investigara a la Revolución y sacara historias que develaran corrupción dentro del poder cubano era sentenciado por "antirrevolucionario". Con esto, se iniciaba un proceso de descrédito en contra de los periodistas; el que muchas veces terminó con condenas en las cárceles de Cuba. Esta dinámica es igual en gobiernos de derecha, de centro o de izquierda. Cuando la Hidra de la libertad de prensa amenaza la estabilidad del poder, hay un conducto regular antes de cortar cabezas: desacreditar al periodista opositor y amordazar su libertad de expresión.

Los apasionamientos políticos y la efervescencia de la militancia obnubilan el juicio y se tiende a creer que la libertad de prensa existe solo cuando es servil. En cambio, cuando los gobernantes se sienten atacados, la libertad de prensa es masacrada. Pretenden construir una realidad política donde solo se escuche la voz que los ensalza y se silencie la voz que los critica. Sin embargo, hay que reconocer la habilidad que tienen los gobernantes de América Latina del último lustro para desacreditar periodistas que amenazan sus autoritarismos. Para hacerlo, ponen a rodar la maquinaria de medios informativos que besan los pies del Presidente, o la Presidenta, y entran en una guerra sucia donde un militante del partido opositor, por el solo hecho de pensar y escribir con libertad, es tildado de "apátrida" y "terrorista".

Los medios y el mandatario de turno descalifican con palabras actuales, el "antirrevolucionario" de Cuba ya está claramente en desuso. Con este proceder se logra desviar la atención, pues si algún poderoso cometió un crimen y un periodista investiga y publica la acusación, el poderoso plantea una dinámica en la que la credibilidad del comunicador queda por el piso. Si lo puede enlodar, lo enloda. Si el periodista denunciante fue militante de la izquierda, será tildado de "terrorista" y de "apátrida" –sucede igual si es de derecha y denuncia a la izquierda en el poder–. Sus voces pierden credibilidad y sus argumentos, así sean irrefutables, quedarán sin peso, porque el gobierno y la maquinaria mediática mueven el debate al terreno que menos daño les hace: el político y no el judicial.

Con la llegada de la izquierda a los gobiernos del continente, la libertad de prensa sufrió igual, solo se cambiaron los roles: los amordazados fueron los periodistas de derecha y los opresores fueron los gobiernos de izquierda. Los nombres de Hugo Chávez, Nicolás Maduro, Luis Inácio Lula da Silva, Dilma Rousseff, Néstor Kirchner, Cristina Fernández de Kirchner, Rafael Correa y Evo Morales, son los referentes de una opción política diferente a la derecha que siempre gobernó, con muy pocas excepciones, el territorio americano. Muy a pesar de sus programas esperanzadores de gobierno, la utilización de los recursos públicos no se separó de la corrupción. Tanto la izquierda como la derecha han demostrado una incapacidad para erradicar la corrupción y allí los periodistas han ejercido su trabajo. Han develado y señalado los escándalos de los corruptos con una consigna simple: un corrupto es corrupto así sea de izquierda, de centro o de derecha.

La prensa rastrera e inclinada que contamina el oficio periodístico al transformarlo en una sarta de crónicas, reportajes y opiniones laudatorias, modifica su objetivo primordial: no informa al pueblo, lo desinforma. Esta prensa arrodillada está supeditada al poder de turno y, como lo señaló García Márquez, utiliza su inmensa estructura mediática para ocultar y no para difundir. Hoy la libertad de prensa se postra ante el poderoso, los casos abundan a lo largo de Latinoamérica, pero para enfocarnos en la patria de Rodolfo Walsh, merece la pena traer a colación al periodista Víctor Hugo Morales⁵, quien expone el maridaje entre el monopolio mediático y el poder en Argentina. Morales (ctd en Respighi) otorgó una entrevista al diario *Página 12* en la que, sin pretenderlo, expuso de forma irrefutable la vigencia de Walsh. Dijo: "Sin el poder mediático, ningún gobierno neoliberal duraría más de 24 horas. Bastaría que *Clarín* hiciera una semana de periodismo en serio y justo para que no pudiese resistir, porque cualquier mentira o cosa injusta que diga no tendría forma de progresar. Ahora son una máquina de mentir autorizada".

No obstante, la patria de Víctor Hugo Morales merece capítulo aparte en su intención esperanzadora de proteger la libertad de expresión. Bajo el gobierno de José Mujica en Uruguay se publicó y decretó una Ley de Medios que defiende y garantiza las libertades de los periodistas. Allí, no hubo unanimidad en la recepción. Se alzaron voces detractoras y la Ley de Medios se sometió a debate público. Las opiniones de los opositores de Mujica, ilustrando un ejemplo claro del beneficio de la libertad de prensa, lograron reestructurar la ley y minimizar sus fallas.

Esta misma enseñanza de proteger y promocionar la libertad de prensa fue una bandera que hondeó el gobierno de Michelle Bachelet en Chile. Además, merece la pena recalcar que ni en Chile ni en Uruguay hay censura violenta sobre el periodismo opositor y, en consecuencia, tampoco hay periodistas asesinados por cumplir su oficio. Esta estadística no es casual, pues dos naciones que han sido ejemplo en muchos temas de políticas económicas y sociales, tienen la libertad de prensa como una de sus banderas innegociables. Los casos de Chile y Uruguay no dejan lugar

⁵ Periodista uruguayo radicado en Argentina desde los años ochenta.

a dudas: la democracia y el desarrollo son más sólidos en una nación que garantiza la libertad de prensa.

La opinión pública debe apoyar la diversidad de pensamiento y la libertad de prensa. De nada sirve que todo lo que diga un mandatario sea incuestionable y se asuma como única verdad. El autoritarismo, sin importar tendencia política, no comprende que la libertad de prensa es un pilar fundamental dentro de la construcción democrática de cada nación. A este tenor, Roberto Ferro defiende el trabajo de Walsh y afirma que "el periodismo es libre, o es una farsa" (Ferro 49). Ferro hace una reinterpretación de la máxima a propósito de la libertad de prensa que acuñó el gigantesco Albert Camus, quien marcó la necesidad de la prensa libre al esgrimir su máxima: "Una prensa libre puede ser buena o mala, pero sin libertad, la prensa nunca será otra cosa que mala".

No obstante, hay que señalar que cuando las tiranías de la actualidad fracasan en su intento de acabar con la credibilidad de los periodistas, estas acuden a la censura y a la amenaza. Pero si el periodista persiste en su voluntad y compromiso, la opción es el asesinato. En Latinoamérica, cada año son masacrados los periodistas que valientemente no ceden ante las amenazas de muerte. Cuanto más grande sea la corrupción de una nación, más periodistas corren peligro. En 2015, México fue el país del continente con mayor cantidad de periodistas asesinados. La cadena *Telesur*, basada en la Comisión de Investigación de Atentados a Periodistas de la Federación Latinoamericana de Periodistas, contó catorce víctimas mortales. El portal *Sin Embargo* redujo la escalofriante cifra a la mitad y habló de siete asesinatos ligados al cumplimiento del violento oficio de escribir. Mientras que el medio independiente *Animal Político* y la *Revista Forbes México*, fundamentados en información de *Reporteros Sin Fronteras*, hablaron de ocho asesinatos.

En esta lista negra de países mortíferos para la libertad de prensa aparece en segundo lugar Honduras con diez asesinatos, seguido por Brasil con ocho, Colombia con cinco y Guatemala con tres. Con estos datos no queda otra opción que ser escalofriante en el análisis y sacarle el mayor provecho posible a este aberrante método de contar cadáveres, el que señala dos indicadores de máxima relevancia. El primero marca que los países más peligrosos para ejercer el periodismo son precisamente los países donde los índices de corrupción no conocen límites y donde los monumentos a la impunidad son parte del paisaje cotidiano. Allí, la importancia del oficio periodístico es vital para velar por los intereses comunes y la justicia de cada nación. El segundo construye, desde la referencia mexicana, la lógica de la Hidra de la libertad de prensa que se ha venido desarrollando, donde a mayor cantidad de cabezas cortadas, más cabezas brotan para denunciar.

Ante este panorama de masacre, los periodistas han consolidado una coraza para protegerse como colegas, así sus intereses e ideologías sean radicalmente opuestas. La misión comunicadora consolida lazos desde el oficio informativo, porque el periodismo reconoce que la voz contraria es fundamental para consolidar una democracia participativa y no una monarquía donde solo se escuche la voz del gobierno. Esta unión de defensa hace

que el periodismo de hoy se rija bajo la premisa que ilustró Voltaire en el siglo XVIII: "No estoy de acuerdo con lo que dices, pero defenderé con mi vida tu derecho a expresarlo"⁶. Voltaire marcó el precedente para defender la libertad de prensa. En 1758, la monarquía borbónica, en cabeza de Luis XV, censuraba las críticas y el pensador escudó la relevancia de los detractores. Hoy no hay monarquías, pero la censura emana de gobiernos que se hacen llamar democráticos.

Con esto, se comprueba que donde se corte una cabeza de la Hidra que investiga y denuncia los delitos que comete el Estado, otras nacerán de inmediato para continuar la lucha, señalar al corrupto y develar sus crímenes. El mensaje es claro: la libertad de prensa que promovió Rodolfo Walsh no podrá extinguirse. Entiendan, de una vez y para siempre, que no existen balas suficientes para acabar con las vidas que se entregan en cuerpo y alma a ejercer el peligroso, violento, valioso y necesario oficio de informar.

Obras citadas

- Amar Sánchez, Ana María. *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*. Rosario: Viterbo Editora, 1992.
- Castro, Fidel. *La Revolución cubana*. México D.F.: Era, 1972.
- García Márquez, Gabriel. *El mejor oficio del mundo*. Los Ángeles: 7 de octubre de 1996. Web. 10 marzo 2016. <<http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/3/1132/2.pdf>>.
- Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.
- Ferro, Roberto. *Fusilados al amanecer. Rodolfo Walsh y el crimen de Suárez*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2010.
- Respighi, Emanuel. "Entrevista a Víctor Hugo Morales, que mañana vuelve a la radio". *Página 12*, 3 de abril de 2016. Web. 2 mayo 2016. <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/12-38442-2016-04-03.html>>.
- Olvera, Dulce. "Si 2015 fue el más violento para la prensa en 6 años, 2016 pinta peor: van 5 periodistas asesinados". *www.sinembargo.mx* 3 de mayo de 2016. Web. 10 mayo 2016. <http://www.sinembargo.mx/03-05-2016/1654591>
- Revista Forbes México*. "México el país más peligroso de América Latina para periodistas".
- Revistas Forbes México* enero de 2016. Web. 10 abril 2016. <http://www.forbes.com.mx/mexico-el-pais-mas-peligroso-de-america-latina-paraperiodistas/>
- Telesur. "México, el país con más periodistas asesinados en 2015". *www.telesur.net*. 22 de diciembre de 2015. Web. 9 abril 2016. <http://www.telesurtv.net/news/Mexico-el-pais-con-mas-periodistas-asesinados-en-2015-20151222-0023.html>>.

⁶ Atribuida a Voltaire, pero escrita por Evelin Beatriz Hall en la biografía *The Friends of Voltaire* publicada en 1906, que expresaba, eso sí, el pensamiento de Voltaire ante la censura monárquica.

Ureste, Manuel. "110 periodistas fueron asesinados en el mundo en 2015. México, el más mortífero de América Latina". www.animalpolitico.com 29 de diciembre de 2015. Web. 7 abril 2016. <<http://www.animalpolitico.com/2015/12/110-periodistas-fueron-asesinados-en-el-mundo-en-2015-mexico-el-mas-mortifero-de-america-latina/>>.

Walsh, Rodolfo. *Operación Masacre*. Buenos Aires: Jorge Álvarez Editor, 1969.